

Índice

Premisa	9
Capítulo I. "Id a todo el mundo".	
<i>La primera ola de evangelización</i>	11
1. La difusión del cristianismo en los primeros tres siglos.....	11
2. Las razones del éxito	14
3. Sembrar e... irse a dormir.....	19
Notas	23
Capítulo II. "No hay más griego o judío, bárbaro o escita".	
<i>La nueva ola evangelizadora</i>	
<i>después de las invasiones bárbaras</i>	25
1. Una decisión epocal	25
2. La reevangelización de Europa	27
3. La epopeya monástica	30
4. Misión y contemplación	32
5. María, estrella de la evangelización.....	37
Notas	39
Capítulo III: "Hasta los confines de la Tierra".	
<i>La primera evangelización del continente americano</i>	41
1. La fe cristiana va más allá del océano.....	41
2. Protagonistas, los frailes.....	44
3. Los problemas actuales.....	47
4. El papel de los religiosos en la nueva evangelización.....	50
Notas	54
Capítulo IV: Recomenzar desde el principio.	
<i>La oleada de evangelización en marcha</i>	57

1. Un nuevo destinatario del anuncio	57
2. Como la estela de un bello navío	58
3. Cristo, contemporáneo nuestro	61
4. Los laicos, protagonistas de la evangelización	63
Notas	68
Capítulo V. ¿“Qué es el hombre para que te acuerdes de él”?	
<i>El desafío del cientificismo ateo</i>	69
1. Las tesis del cientificismo ateo	69
2. No al cientificismo, sí a la ciencia	73
3. ¿El hombre para el cosmos o el cosmos para el hombre?	75
4. La fuerza de la verdad.....	78
5. “Todo fue hecho por medio de él”	81
Notas	85
Capítulo VI. “Dispuestos a dar razón de nuestra esperanza”.	
<i>El desafío del racionalismo</i>	85
1. La razón usurpadora	85
2. Fe y sentido de lo Sagrado.....	88
3. Necesidad de testigos.....	95
4. Un sobresalto de fe.....	98
Notas	101
Capítulo VII. “Les anunciamos la vida eterna”.	
<i>La respuesta cristiana al secularismo</i>	103
1. Secularización y secularismo	103
2. Ascenso y declinación de la idea de eternidad	104
3. Nostalgia de eternidad	108
4. Eternidad: una esperanza y una presencia.....	110
5. ¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?	112
6. ¡Iremos a la casa del Señor!	117
Notas	119

Premisa

El presente libro reúne las meditaciones hechas en la Casa Pontificia, en presencia del papa Benedicto XVI, en el Adviento 2010 y en el de 2011. Estas quieren ser una pequeña contribución al esfuerzo para una reevangelización del mundo secularizado que ve comprometidas todas las fuerzas de la Iglesia.

En la primera parte (Adviento 2011) se identifican cuatro momentos en los que se asiste a una aceleración o a un reemprender el esfuerzo misionero:

1. Los primeros tres siglos de vida del cristianismo y, en particular, la segunda mitad del siglo III, en el que se opera la conversión de amplios estratos del imperio romano. Protagonistas: los obispos.
2. Los siglos VI al IX, en los cuales se asiste a la reevangelización de Europa después de las invasiones bárbaras. Protagonistas: los monjes.
3. El siglo XVI, con el descubrimiento y la conversión al cristianismo de los pueblos del Nuevo Mundo. Protagonistas: los frailes.
4. La época actual, que ve a la Iglesia comprometida en una reevangelización del Occidente secularizado. Protagonistas: los laicos.

En cada uno de estos momentos se busca ver cuáles son los errores a evitar y los ejemplos a imitar, y cuál es el aporte específico a la evangelización de parte de los pastores, de la vida monástica, de los religiosos de vida activa y de los laicos.

En la segunda parte (Adviento 2010), continuando la reflexión sobre la evangelización en la época actual, se examinan algunos de los desafíos mayores que el anuncio del Evangelio encuentra en el mundo de hoy —el cientificismo ateo, el racionalismo y el secularismo— y se resalta la respuesta que a cada uno de ellos la fe cristiana nos permite dar. Todo en clave de diálogo, más que de polémica, en el espíritu con el que la primera carta de Pedro exhorta a los cristianos a dar razón de la esperanza que hay en ellos, es decir, “con dulzura y respeto” (cfr. 1Pe 3,15s).

El título se inspira en una imagen de Charles Péguy que habla de la oración cristiana como estela de un bello navío que comienza con una punta —las dos manos juntas de Jesús— y va ensanchándose hasta perderse en el horizonte. Aquí dicha imagen se aplica a la predicación de la Iglesia, comenzada también ella con una punta —el anuncio de Jesús—, desarrollada en el tiempo y en el espacio hasta la riqueza actual de doctrina, leyes e instituciones, pero que debe recomenzar siempre desde aquella punta.

Capítulo I

“Id a todo el mundo”

La primera ola de evangelización

1. La difusión del cristianismo en los primeros tres siglos

Iniciamos con una reflexión sobre la evangelización cristiana en los primeros tres siglos. Un motivo principal hace de este período un modelo para todos los tiempos. Es el período en el que el cristianismo se abre camino exclusivamente por su fuerza propia. No hay ningún “brazo secular” que lo apoye; las conversiones no se determinan por ventajas externas, materiales o culturales; ser cristiano no es una costumbre o una moda, sino una elección contracorriente, a menudo a riesgo de la vida. En ciertos aspectos, es la situación que ha vuelto a crearse hoy en diversas partes del mundo.

La fe cristiana nace con una apertura universal. Jesús había dicho a sus apóstoles que vayan “a todo el mundo” (Mc 16,15), que “hagan discípulos a todas las gentes” (Mt 28,19), que sean sus testigos “hasta los confines de la Tierra” (Hech 1,8), que “prediquen a todos los pueblos la conversión y el perdón de los pecados” (Lc 24,47).

La actuación de principio de esta universalidad adviene ya en la generación apostólica, aunque no sin dificultades y laceraciones. El día de Pentecostés supera la primera barrera, aquella de la raza (los tres mil convertidos pertenecían a pueblos diversos, pero eran todos creyentes judíos); en la casa de Cornelio y en el así llamado concilio de Jerusalén, sobre todo por el impulso de Pablo, se supera la barrera más tenaz de todas, la religiosa, que dividía a los judíos de los gentiles. El Evangelio tiene ahora delante suyo el mundo entero, aunque por el momento este mundo está limitado, en el conocimiento de los hombres, a la cuenca del Mediterráneo y a los confines del imperio romano.

Más complejo es seguir la expansión de la realidad o geográfica del cristianismo en los primeros tres siglos, cosa que resulta menos necesaria para nuestro objetivo. El estudio más completo y todavía insuperado al respecto es el de Adolph von Harnack, *Misión y propagación del cristianismo en los tres primeros siglos*¹.

Una fuerte intensificación de la actividad misionera de la Iglesia tiene lugar bajo el emperador Cómodo (180-192) y luego en la segunda mitad del siglo III —hasta la víspera de la gran persecución de Diocleciano (302). Este, aparte de esporádicas persecuciones locales, fue un período de relativa paz que permitió a la Iglesia naciente consolidarse en su interior y desarrollar una actividad misionera de una forma nueva.

Veamos en qué consiste esta novedad. En los primeros dos siglos la propagación de la fe venía confiada a la iniciativa personal. Se trataba de profetas itinerantes, de los que se habla en la *Didajé*, que se trasladaban de un lugar a otro; muchas conversiones se debían a contactos personales, propiciados por el oficio común ejercitado, por los viajes y

las relaciones comerciales, por el servicio militar y otras circunstancias de la vida. Orígenes nos da una descripción conmovedora del celo de estos primeros misioneros:

Los cristianos hacen todos los esfuerzos posibles para difundir la fe sobre toda la Tierra. A tal fin algunos de ellos se proponen formalmente como deber de sus vidas peregrinar no solo de ciudad en ciudad, sino también de pueblo en pueblo y de casa en casa para ganar nuevos fieles al Señor. No se dirá, espero, que lo hacen por ganancia, desde el momento en que a menudo ellos rechazan aceptar incluso lo que es necesario para vivir.²

Ahora, en la segunda mitad del siglo III, estas iniciativas personales se van coordinando cada vez más y en parte son sustituidas por la comunidad local. El obispo, también reaccionando a los impulsos disgregadores de la herejía gnóstica, adquiere la supremacía sobre los maestros como director de la vida interna de la comunidad y centro propulsor de su actividad misionera. La comunidad es ahora el sujeto evangelizador, a tal punto que Harnack, no ciertamente sospechoso de simpatía por la institución, puede afirmar: "Debemos tener por cierto que la sola existencia y trabajo constante de cada comunidad fue el principal coeficiente en la propagación del cristianismo"³.

Hacia finales del siglo III, la fe cristiana ha penetrado prácticamente en cada estrato de la sociedad y tiene ya una literatura propia en lengua griega y empieza a tener una también, en lengua latina; posee una sólida organización interna; comienza a construir edificios siempre más amplios, signo del crecido número de creyentes. La gran

persecución de Diocleciano, además de las numerosas víctimas, no hizo más que resaltar la fuerza insuprimible de la fe cristiana. El último enfrentamiento entre el imperio y el cristianismo ha dado prueba de ello.

En el fondo, Constantino no hará más que tomar nota de la nueva relación de fuerzas. No será él quien imponga el cristianismo al pueblo, sino el pueblo quien imponga a él el cristianismo. Afirmaciones como aquellas de ciertos divulgadores —según las cuales habría sido Constantino, por motivos personales, quien transformó, con su edicto de tolerancia y con el concilio de Nicea, una oscura secta religiosa judaica en la religión del imperio— se fundan sobre una total ignorancia de lo que precedió tales eventos.

2. Las razones del éxito

Un tema que siempre ha apasionado a los historiadores es aquel acerca de las razones del triunfo del cristianismo. Un mensaje nacido en un oscuro y despreciado ángulo del imperio, entre personas simples, sin cultura y sin poder, se extiende en menos de tres siglos a todo el mundo hasta entonces conocido, ¡subyugando la refinadísima cultura de los griegos y la potencia imperial de Roma!

Entre las diversas razones del éxito, alguno insiste sobre el amor cristiano y el ejercicio activo de la caridad, hasta hacer de este último “el factor singular más potente del éxito de la fe cristiana”, al punto de inducir, más tarde, al emperador Juliano el Apóstata a dotar al paganismo de obras de caridad análogas para contrastar tal éxito⁴.

Harnack, por su parte, da gran importancia a la capacidad de la fe cristiana de conciliar en sí las tendencias

opuestas y los diversos valores presentes en las religiones y en la cultura de la época. El cristianismo se presenta a la vez como la religión del espíritu y de la potencia, acompañado de signos sobrenaturales, carismas y milagros, y como la religión de la razón y del logos integral, "la verdadera filosofía", al decir de san Justino mártir. Los autores cristianos son "los racionalistas de lo sobrenatural"⁵, afirma Harnack, citando el dicho de Pablo sobre la fe como "obsequio racional" (Rm 12,1).

De esta manera el cristianismo reúne en sí, en equilibrio perfecto, lo que el filósofo Nietzsche define como el elemento apolíneo y el elemento dionisiaco de la religión griega, el logos y el pneuma, el orden y el entusiasmo, la medida y el "exceso". Es lo que, al menos en parte, entendían los Padres de la Iglesia con el tema de la "sobria ebriedad" del espíritu.

La religión cristiana —escribe Harnack al término de su monumental investigación— desde el principio se presentó con una universalidad que le permitió reclamar para sí la vida entera, con todas sus funciones, sus alturas y profundidades, sentimientos, pensamientos y acciones. Fue este espíritu de universalidad el que le aseguró la victoria. Fue esto lo que la condujo a profesar que el Jesús por ella anunciado era el logos divino [...]. Así se ilumina con una nueva luz y aparece casi como una necesidad también la potente atracción con la que ella llega a absorber y a subordinar a sí el helenismo. Todo aquello que de cualquier modo era todavía capaz de vida entró como elemento en su construcción [...]. Y esta religión ¿no debía vencer?⁶

La impresión que se tiene al leer esta síntesis es que el éxito del cristianismo se deba a un conjunto de factores. Alguno ha ido tanto más allá en la búsqueda de las razones de tal éxito al punto de individuar veinte causas a favor de la fe y otras tantas que actuaban en sentido contrario, como si el éxito final hubiese dependido del prevalecer de las primeras sobre las segundas.

Ahora quisiera mostrar el límite inherente a tal aproximación histórica, aun cuando esta es propuesta por historiadores creyentes como aquellos que he tenido en cuenta hasta ahora. El límite, debido al mismo método histórico, consiste en dar más importancia al sujeto que al objeto de la misión, más a los evangelizadores y a las condiciones en las que aquella se desenvuelve que a su contenido. El motivo que me lleva a hacerlo es que ese constituye también el límite y el peligro inmanente en tantas aproximaciones actuales y mediáticas, cuando se habla de una nueva evangelización. Se omite una cosa sencillísima: Jesús mismo había dado, por anticipado, una explicación de la difusión de su Evangelio, y de ella hay que volver a partir cada vez que nos disponemos a realizar un nuevo esfuerzo misionero.

Escuchemos una vez más dos breves parábolas evangélicas, aquella de la semilla que crece incluso de noche y aquella de la semilla de mostaza.

Decía: El Reino de Dios es como un hombre que echa la semilla en la tierra: sea que duerma o se levante, de noche y de día, la semilla germina y va creciendo, sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma produce primero un tallo, luego una espiga, y al fin grano abundante en la espiga. Cuando el fruto está

a punto, él aplica en seguida la hoz, porque ha llegado el tiempo de la cosecha (Mc 4,26-29).

Esta parábola, por sí sola, nos dice que la razón esencial del éxito de la misión cristiana no viene del exterior, sino del interior, no es obra del sembrador y ni siquiera principalmente del terreno, sino de la semilla. La semilla no puede echarse por sí misma, y sin embargo germina por su propia fuerza. Luego de haber echado la semilla, el sembrador puede incluso irse a dormir porque la vida de la semilla no depende más de él. Cuando esta semilla es "la semilla que cae en tierra y muere", es decir, Jesucristo, nada podrá impedir que esta "dé mucho fruto". Se pueden dar, de estos frutos, todas las explicaciones que se quieran, pero estas se quedan siempre en la superficie, no llegarán nunca a lo esencial.

Quien percibió con lucidez la prioridad del objeto del anuncio sobre el sujeto es el apóstol Pablo: "Yo planté y Apolo regó, pero el que ha hecho crecer es Dios". Estas palabras parecen un comentario a la parábola de Jesús. No se trata de tres operaciones de la misma importancia; de hecho el apóstol añade: "Ni el que planta ni el que riega valen algo, sino Dios, que hace crecer" (1 Cor 3,6-7). La misma distancia cualitativa entre el sujeto y el objeto del anuncio está presente en otro texto del apóstol: "Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios" (2 Cor 4,7). Todo esto se traduce en las exclamaciones programáticas: "No nos predicamos a nosotros mismos, ¡sino a Cristo Jesús Señor!". Y de nuevo: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado".

Jesús pronunció una segunda parábola basada en la imagen de la semilla que explica el éxito de la misión cristiana y que hoy se tiene que tener en cuenta, frente a la inmensa tarea de reevangelizar el mundo secularizado.

También decía: “¿Con qué podríamos comparar el Reino de Dios? ¿Qué parábola nos servirá para representarlo? Se parece a un grano de mostaza. Cuando se lo siembra, es la más pequeña de todas las semillas de la tierra, pero, una vez sembrada, crece y llega a ser la más grande de todas las hortalizas, y extiende tanto sus ramas que los pájaros del cielo se cobijan a su sombra”. (Mc 4,30-32)

La enseñanza que Cristo nos da con esta parábola es que su Evangelio y su misma persona son de lo más pequeño que existe en la Tierra, porque no hay nada más pequeño y débil que una vida que termina en una muerte de cruz. Sin embargo, esta pequeña “semilla de mostaza” está destinada a convertirse en un árbol inmenso, que es capaz de acoger en sus ramas a todos los pájaros que se refugian en él. Esto significa que toda la creación, absolutamente toda, irá a buscar allí refugio.

¡Qué diferencia con respecto a las reconstrucciones históricas mencionadas antes! Allí todo parecía incierto, aleatorio, suspendido entre el éxito y el fracaso; ¡aquí todo estaba decidido y asegurado desde el principio! Como conclusión del episodio de la unción de Betania, Jesús pronunció estas palabras: “Os aseguro que allí donde se proclame esta Buena Noticia, en todo el mundo, se contará también en su memoria lo que ella hizo” (Mt 26,13). La misma tranquila conciencia de que un día

su mensaje se difundiría "al mundo entero". Y no se trata ciertamente de una profecía *post eventum*. Todo, en aquel momento, parecía presagiar lo contrario.

También en esta ocasión quien vio con mayor seguridad el futuro de la fe fue Pablo. Me impresiona este hecho. El apóstol predicó en el Areópago de Atenas y asistió en la práctica, a un rechazo del mensaje. Desde Corinto adonde fue justo después, escribe la Carta a los Romanos y en ella afirma haber recibido el deber de llevar a "la obediencia de la fe a todas las gentes" (Rom 1,5-6).

El fracaso no desanimó su confianza en el mensaje: "Yo no me avergüenzo —exclama— del Evangelio, porque es el poder de Dios para la salvación de todos los que creen: de los judíos en primer lugar, y después de los que no lo son" (Rom 1, 16).

"Cada árbol, dice Jesús, se reconoce por su fruto" (Lc 6,44). Esto vale para todos los árboles, excepto para el árbol que nació de él, el cristianismo (de hecho él habla aquí de los hombres); este único árbol no se conoce por los frutos, sino por la raíz. En el cristianismo la plenitud no está al final (como en la dialéctica hegeliana del devenir, según la cual "verdadero es el entero"), sino que está al principio; ningún fruto, ni siquiera el que representan los más grandes santos, añade algo a la perfección del modelo. En este sentido tiene razón quien afirmó que "el cristianismo no es perfectible"⁷.

3. Sembrar e... irse a dormir

Lo que los historiadores de los orígenes cristianos no registran o le dan poca importancia es la certeza indestructible

que los cristianos de entonces, al menos los mejores de ellos, tenían sobre la bondad y la victoria final de su causa. “Podéis matarnos pero no podéis destruirnos”, decía el mártir Justino al juez romano que lo condenaba a muerte. Al final fue esta tranquila certeza la que les aseguró la victoria y que convenció a las autoridades políticas de la inutilidad de sus esfuerzos por suprimir la fe cristiana.

Esto es lo que más necesitamos hoy: despertar en los cristianos, al menos en los que pretenden dedicarse a la obra de la reevangelización, la certeza íntima de la verdad de lo que anuncian. “La Iglesia —dijo una vez Pablo VI— necesita retomar el ansia, el gusto y la certeza de su verdad”⁸. Debemos creer, nosotros en primer lugar, en lo que anunciamos; pero creerlo verdaderamente. Debemos poder decir con Pablo: “Pero teniendo ese mismo espíritu de fe, del que dice la Escritura: ‘Creí, y por eso hablé’, también nosotros creemos y, por lo tanto, hablamos” (2 Cor 4,13). El éxito de la nueva evangelización dependerá de la masa de fe que se logre crear en la Iglesia, entre los mismos evangelizadores.

Debemos sacarnos de encima todo sentimiento de impotencia y de resignación. Tenemos ante nosotros, es verdad, un mundo cerrado en su secularismo, embriagado de los logros de la técnica y de las posibilidades que le ofrece la ciencia, refractario al anuncio evangélico. Pero ¿era acaso menos seguro de sí y menos refractario al Evangelio el mundo al cual se asomaban los primeros cristianos, es decir, el helenismo con su sabiduría y el imperio romano con su poder?

La tarea práctica que las dos parábolas de Jesús nos asignan es la de sembrar. Sembrar a manos llenas, “a

tiempo y a destiempo" (2 Tim 4,2). El sembrador de la parábola que sale a sembrar no se preocupa por el hecho de que parte de la semilla termine en el camino y parte entre las espinas; ¡y pensar que el sembrador, fuera de la metáfora, es el mismo Jesús! El motivo es que en este caso no se puede saber de antemano qué terreno será el adecuado, y cuál será duro como el asfalto o asfixiante como un arbusto. Está de por medio la libertad humana que el hombre no puede prever y que Dios no quiere violar. Cuántas veces entre las personas que han escuchado una cierta predicación o que han leído una cierta publicación, se descubre que quien lo ha tomado más en serio o ha cambiado su vida era la persona de quien menos se esperaba, una que, quizás, estaba allí por casualidad o en contra de su voluntad. Yo mismo podría contar decenas de casos.

Sembrar y después... ¡irse a dormir! Es decir sembrar y no quedarse allí todo el tiempo a mirar y a medir los resultados. El arraigo y el crecimiento no son asunto nuestro, sino de Dios y del que escucha. Un gran humorista inglés del siglo XIX, Jerome Klapka Jerome, dijo que el mejor modo de retrasar la ebullición del agua en una cacerola es el de mirarla todo el tiempo y esperar con impaciencia que hierva.

Hacer lo contrario es fuente de inquietud y de impaciencia: todas las cosas que a Jesús no le gustan y que Él no hacía nunca cuando estaba en la Tierra. En el Evangelio Él no parece tener nunca prisa. "No os inquietéis por el día de mañana; el mañana se inquietará por sí mismo. A cada día le basta su aflicción" (Mt 6,34). El poeta creyente Charles Péguy pone en boca de Dios estas palabras:

Se me dice que hay hombres —dice Dios—
 que trabajan bien y duermen mal.
 Que no duermen. Qué falta de confianza en mí.
 Es casi más grave
 Que si no trabajasen pero durmieran, porque la
 /pereza
 no es un pecado más grave que el ansia.
 [...] No hablo, dice Dios, de aquellos hombres
 que no trabajan y que no duermen.
 Esos son pecadores, por supuesto.
 [...] Hablo de los que trabajan y no duermen.
 [...] Los compadezco. Los quiero. Un poco. No tie-
 nen confianza en mí.
 [...] Gobiernan muy bien sus asuntos durante el día.
 Pero no quieren confiarme el gobierno durante la
 /noche.
 [...] Quien no duerme es infiel a la Esperanza...⁹

Es un modo de hablar poético, pero contiene, si se sabe captar, una gran sabiduría evangélica.

Si hay algo que podemos hacer después de haber sembrado es regar, con la oración, la semilla echada. Por eso terminamos este primer momento de reflexión con la oración que la liturgia nos hace recitar en la misa por la evangelización de los pueblos:

Oh Dios, tú que quieres que todos los hombres se
 /salven,
 y lleguen al conocimiento de la verdad;
 mira qué grande es la cosecha y manda a tus obreros,
 para que se anuncie el Evangelio a todas las criaturas
 y tu pueblo, reunido por la palabra de vida

y plasmado por la fuerza de los sacramentos,
proceda en el camino de la salvación y del amor.
Por Cristo, nuestro Señor. Amén.

Notas

¹ Adolph von Harnack, *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in den ersten drei Jahrhunderten*. Hinrichs, Leipzig, 1902. Edición italiana: *Missione e propagazione del cristianesimo nei primi tre secoli*. Giordano, Co-senza, 1986, reedición 2009.

² Orígenes, *Contra Celsum*, III, 9 (SCh 136, p. 30).

³ Adolph von Harnack, *Missione e propagazione*. Ob. cit., pp. 321 y ss.

⁴ Henry Chadwick, *The early Church*. Penguin Books, Harmondsworth, 1967, pp. 56-58.

⁵ Adolph von Harnack, *Missione e propagazione*. Ob. cit., p. 173.

⁶ Harnack, *Missione e propagazione*, p. 370.

⁷ Sören Kierkegaard, *Diarios*, X⁵ A 98 (ed. C. Fabro, II, Morcelliana, Brescia, 1963, pp. 386 y ss.).

⁸ Discurso en la Audiencia General del 29 noviembre 1972 (en *Insegnamenti di Paolo VI*, X, Tipografia Poliglotta Vaticana, Ciudad del Vaticano, 1972, pp. 1210 y ss.).

⁹ Charles Péguy, *Il portico del mistero della seconda virtù*. Jaca Book, Milán, 1978, pp. 120 y ss.

Capítulo II

“No hay más griego o judío, bárbaro o escita”

La nueva ola evangelizadora después de las invasiones bárbaras

Nos dedicamos ahora a la segunda gran ola de evangelización en la historia de la Iglesia, aquella que siguió a la caída del imperio romano y a la mezcla de los pueblos provocada por las invasiones bárbaras, siempre con el objetivo práctico de ver qué podemos aprender de ella para el hoy. Dada la amplitud del período histórico examinado, no podrá tratarse más que de una reconstrucción, como se dice, “a vuelo de pájaro”.

1. Una decisión epocal

Al final del imperio romano, en el 476, Europa ya presentaba un rostro nuevo. En lugar del único imperio existían muchos reinos, llamados romano-bárbaros. A grandes rasgos, partiendo desde el norte, la situación era esta: en lugar de la provincia romana de la Bretaña estaban los anglos y los sajones; en las antiguas provincias de la

Galia, los francos; al este del Rin, los frisones y los alemanes; en la península ibérica los visigodos; en Italia, los ostrogodos y más tarde los longobardos; en el África septentrional los vándalos; y en Oriente resistía aún el imperio bizantino.

La Iglesia se encontraba delante de una decisión epocal: ¿qué actitud tomar frente a esta situación nueva? No se llegó enseguida y sin heridas a la determinación que abrió la Iglesia al futuro. Se repetía, en parte, lo que sucedió en el momento de la separación del judaísmo para acoger en la Iglesia a los gentiles. El desconcierto general de los cristianos llegó a su punto máximo durante el saqueo de Roma en el 410 por Alarico, rey de los godos. Se pensó que había llegado el fin del mundo, siendo que entonces el mundo se identificaba con el mundo romano y el mundo romano con el cristianismo. San Jerónimo es la voz más representativa de aquel desconcierto general. “¿Quién hubiera creído —escribía— que esta Roma, construida sobre las victorias logradas en el universo entero, debiera un día derrumbarse?”¹

Desde el punto de vista intelectual, el que más contribuyó a transportar la fe en el Nuevo Mundo fue Agustín, con su obra *De civitate Dei*. En su visión, que marca el inicio de una filosofía de la historia, distingue la ciudad de Dios de la ciudad terrena, identificada en sus rasgos —forzando un poco su mismo pensamiento— con la ciudad de Satanás. Por ciudad terrena él entiende toda realización política, incluida la de Roma. Entonces, ¡ningún fin del mundo, sino solo fin de un mundo!

En la práctica, un rol determinante en la apertura de la fe a la nueva realidad y en la coordinación de sus iniciativas fue desarrollado por el romano pontífice. San León

Magno tiene clara conciencia de que la Roma cristiana sobrevivirá a la Roma pagana, es más, “presidirá con su religión divina más ampliamente de cuanto lo hizo esta con su dominación terrena”².

Poco a poco la actitud de los cristianos hacia los pueblos bárbaros cambia; de ser inferiores, incapaces de civilización, comienzan a ser considerados como posibles futuros hermanos de fe. De amenaza permanente, el mundo bárbaro empieza a constituir para los cristianos un nuevo y vasto campo de misión. Pablo había proclamado abolidas con Cristo las distinciones de raza, de religión, de cultura y de clase social, con las palabras: “No hay más pagano ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni extranjero, esclavo ni hombre libre, sino solo Cristo, todo en todos” (Col 3,11); pero ¡qué fatigoso traducir esta revolución en la realidad de la historia! ¡Y no solo entonces!

2. La reevangelización de Europa

En la confrontación con los pueblos bárbaros, la Iglesia tuvo que combatir dos batallas. La primera fue contra la herejía arriana. Muchas tribus bárbaras, sobre todo los godos, antes de penetrar como conquistadores en el corazón del imperio, habían tenido en Oriente contactos con el cristianismo y lo habían recibido en la versión arriana entonces en auge, también por la obra que desarrolló entre ellos el obispo Ulfilá (311-383), traductor de la Biblia en gótico. Una vez establecidos en los territorios occidentales, habían llevado consigo esta versión herética del cristianismo.